

PRÓLOGO

JACK

—Ya estamos todos —digo, y busco un sitio en la parte trasera del bar, que está en penumbra—. ¿Vosotros también habéis recibido el correo?

—Sí —responde mi mejor amiga, Phoenix, que se ha acomodado a mi lado.

—Claro que sí —añade Weston, jugando con su teléfono.

En la esquina de la mesa, Julian y su hermana, Amelia, están sentados en silencio. Julian lo hace como forma de rebeldía, mientras que Amelia suele estar callada la mayor parte del tiempo. Se muerde el labio y parece cada vez más inquieta.

Ninguno de los dos quiere decir nada sobre ese misterioso correo que su padre nos envió ayer a todos pidiéndonos que nos encontráramos en el bar de Geo a las ocho en punto. Ronan Kade es copropietario del club sexual en el que llevo trabajando los siete últimos años, además de mi padrino. Su hijo, Julian, nunca ha sido mi mayor fan, y el sentimiento es mutuo.

Me pone de los nervios ver la expresión pretenciosa y altiva de su rostro. Julian y yo hemos crecido juntos, pero eso no hace que lo encuentre menos irritantemente esnob y engreído.

—¿Creéis que vendrá? —pregunto, mirando al grupo que me rodea.

—No, claro que no —espetta Julian—. No va a venir. Probablemente esté en un yate al otro lado del mundo en este momento y nos envió ese correo para engañarnos a todos y que nos encontráramos aquí. —*Para engañarnos a todos y que habláramos entre nosotros,* pienso, pero no lo digo en voz alta—. ¿Y qué hay de tu hermana? A ella también le ha enviado el correo —dice Julian como si fuera un arma que usar en mi contra. Está señalando cruelmente que mi

propia hermana no me habla. No me devuelve las llamadas, y mucho menos pone un pie en el mismo lugar en el que estoy yo.

Mi hermana menor, Elizabeth, se tomó la muerte de mi esposa el año pasado tan mal como yo. Adoraba a Em como una verdadera hermana, e incluso vivió con nosotros tras el brutal fallecimiento de Em. Pero cuando más me necesitaba, yo caí en una profunda depresión durante mucho tiempo. Debería haber estado ahí para mi hermana y mi hija, pero no pude. Apenas podía cuidar de mí mismo.

Y ahora mi único objetivo es sacar a mi hija de cuatro años de París y regresar a casa, a nuestro sitio, y, si este correo de Ronan significa lo que creo que significa, puede que haya llegado mi oportunidad.

—No hace falta esperar a Elizabeth —murmuro entre dientes, dando por hecho que no va a aparecer.

—Deberíamos esperarlos a todos —me contradice Phoenix, poniéndome una mano en el brazo con suavidad. No puedo ni mirarla porque sé que tiene razón.

En ese momento, la pesada puerta se abre y me doy la vuelta para ver a mi hermana entrando en la sala. No mira a nadie a los ojos mientras se acerca a nuestra mesa y se desliza silenciosamente en el asiento vacío. Lleva el pelo negro recogido en un moño tenso en la nuca y su expresión es dura, como si estuviera sufriendo. Esa imagen me destroza.

Nadie habla: los seis estamos sentados alrededor de una mesa en la parte trasera de un oscuro bar clandestino, como si estuviéramos esperando nuestro sombrío destino.

—¿Y ahora qué? —pregunta Phoenix. Nuestras expresiones son idénticas. Ha sido mi mejor amiga durante años, me siguió a París después de la universidad y actualmente es la única persona en esta mesa que creo que me quiere de verdad.

En cuanto a los demás, Julian y Amelia se criaron aquí, aunque sus padres son estadounidenses. Mi hermana vino para estudiar ballet. Y Phoenix y Weston vinieron aquí hace unos años para trabajar en el club.

Empiezo a sentirme inquieto mientras un silencio incómodo envuelve la mesa. Mi esperanza es que Ronan esté a punto de anunciar su jubilación oficial y nombrar a su hijo como su sucesor, lo que significaría que yo sería libre de marcharme. Ni loco trabajaría para Julian Kade.

Justo cuando estoy a punto de sugerir que llamemos a Ronan, mi teléfono vibra, al igual que los de todos los demás, y todos bajamos la vista al mismo tiempo.

—Es un correo de papá —aclara Amelia en voz baja con una sonrisa.

Julian pone los ojos en blanco y no coge el teléfono.

—Ya lo leo yo —digo, pulsando la notificación. «Queridos hijos» —comienza, como si fuéramos un grupo de adolescentes y no varios adultos de entre veinte y treinta años—. «Este mensaje es para los seis: Julian, Amelia, Jack, Phoenix, Elizabeth y Weston. Esta carta lleva mucho tiempo esperándose y estoy seguro de que a estas alturas ya habéis adivinado de qué se trata. Con la ayuda de mi socio, Matis Moreau, he dirigido L'Amour durante las dos últimas décadas y media, y ha llegado el momento de jubilarme oficialmente. He hablado con Matis sobre esto y los dos estamos de acuerdo en que ahora vosotros debéis hacer vuestro club».

—Espera —interviene Julian con el ceño fruncido—. ¿Quién? ¿Quién coño va a ser el dueño del club?

Vuelvo a leer el principio del correo, buscando la respuesta.

—Creo que se refiere a... todos nosotros —responde Phoenix.

—¿Todos nosotros? —pregunta Amelia—. ¿Ser los propietarios del club juntos?

—Que le den —murmura Julian; tira el teléfono sobre la mesa y coge su copa.

Con un suspiro de descontento, sigo leyendo.

—«Os conozco a todos desde que nacisteis. Vuestros padres crearon un legado y vosotros crecisteis juntos como una familia. Vinisteis a París con un sueño y todos habéis trabajado muy duro en L'Amour. Pero lo que veo ahora son seis adultos que han perdido el rumbo. Os habéis distanciado y cada uno de vosotros ha perdido algo que nunca podrá reemplazar. Sé lo que se siente. Veo vuestro potencial. Cada uno de vosotros aporta algo especial. Si trabajaseis juntos de verdad, podríais levantar un club aún mejor que el de vuestros padres. No hay nada más poderoso que la familia. Los seis sois una familia, lo veáis o no. Hay tres de vosotros que no aparecen en esta carta: Liam, Austin y Scarlett. Ellos han elegido otro camino para sus vidas, pero esta oferta es extensible a ellos si así lo deciden.

Y espero que lo hagan». —Al otro lado de la mesa, mi hermana resopla y, al levantar la vista, veo que rechina los dientes con rabia. Intentando que no me afecte, sigo leyendo—. «Por eso os paso el club a los seis. Podéis hacer lo que queráis con él. Cambiarle el nombre. Hacerlo vuestro. La única condición es que tenéis que gestionarlo juntos durante al menos un año. Si uno de vosotros se retira, la propiedad volverá a manos de Matis, y él venderá el inmueble. Esto no es un castigo, sino un experimento. Vi cómo el club de vuestros padres salvaba vidas, y espero que este salve las vuestras. Un año. Es todo lo que pido. Cuando termine, podéis hacer lo que queráis. Os ruego que lo intentéis. Encontrad a vuestra familia y haced de ella vuestro hogar. Atentamente, Ronan Kade». —Me quedo boquiabierto mirando el correo. El resto de la mesa permanece en silencio mientras asimilamos la noticia. De repente, veo cómo mis planes de marcharme de París se esfuman. Si me voy, los demás perderán esta oportunidad. ¿De verdad quiero cargar con esa responsabilidad? Vuelvo a leer el mensaje—. Tiene que haber alguna trampa.

—Bueno, eso lo decide todo. —Elizabeth se levanta enfadada de la mesa—. Parece que al final ninguno de nosotros va a conseguir el club.

—Espera un momento —suplica Amelia, tendiendo una mano hacia Elizabeth—. ¿No vamos a considerarlo, al menos?

—¿Considerar el qué? —ladra Julian—. Es más probable que a los seis nos salgan alas y que volemos a Nunca Jamás que no que trabajemos juntos y creemos algo que pueda tener éxito.

—Con esa actitud no —responde Weston, sarcástico. Apenas ha levantado la vista de su teléfono en todo este tiempo, y dudo que le interese la oferta que nos han presentado. Para Weston todo es una broma. Está aquí para divertirse, y todo el mundo lo sabe. Si no consigue hacerse con el club, se dedicará a servir copas aquí, en Geo's o en cualquier otro bar de París. No se juega tanto como el resto de nosotros, y su tono cortante me pone de los nervios.

—Quizá mi padre tenga razón —dice Amelia con dulzura, echando un vistazo alrededor de la mesa, retorciéndose las manos—. Quizá podríamos ser propietarios juntos. Podría funcionar.

Apenas ha terminado la frase cuando su hermano se levanta de la mesa. Weston lo imita al momento.

—Qué pérdida de tiempo —se queja Julian.

Noto que Amelia pone cara de decepción, pero yo solo puedo ver a mi hermana, que está sentada a su lado. Mi hermana, con la que no he compartido el mismo espacio desde hace más de un año. ¿Quién sabe si volveré a tener esta oportunidad? Si quiero recuperar mi relación con Elizabeth, trabajar codo con codo con ella en este club podría ser la única forma de hacerlo. Eso sería diferente a ver nos de pasada, como hacemos ahora. Estaríamos juntos en las reuniones y no tendría más remedio que hablar conmigo.

Pero ¿cómo demonios voy a convencer al resto del grupo para que se una a mí? Si les dejo irse y la oferta de Ronan se esfuma, Elizabeth volverá a ignorarme y podría pasar otro año antes de que vuelva a estar en el mismo lugar que ella. No puedo permitir que eso suceda.

—Un año —digo, y todos se quedan paralizados mirándome—. Un año —repito, levantándome de mi asiento—. Quiero decir... ¿Qué podemos perder?

—¿Qué sentido tiene? —pregunta Phoenix ladeando la cabeza.

—El sentido que tiene es... que Ronan está en lo cierto. Podríamos hacer algo grande. Todos aportamos algo diferente. Amelia tiene habilidades de diseño y marketing, y West puede llevar el bar. Nix tiene cabeza para los negocios. Elizabeth... —Mi hermana no se vuelve hacia mí ni cuando pronuncio su nombre. Tragándome el daño que eso me hace, continuo—. Elizabeth ha bailado en espectáculos por todo París. Ella puede encargarse del entretenimiento.

—¿Y yo qué? —pregunta Julian a mi espalda.

Me aparto de la mesa y lo miro fijamente. Estoy cara a cara con el único tipo que no soporto. La idea de trabajar con él me repugna, pero esto no se trata de mí. Se trata de hacer que este descabellado plan funcione con la esperanza de recuperar a mi hermana.

Por ella puedo aguantar un año con el capullo más pretencioso, arrogante y egocéntrico de todo París.

—Tú, Julian —le digo, dándole una palmada en el hombro—, serás mi socio.

—¿Tu socio? —pregunta con desdén.

—Sí. Tú y yo gestionaremos juntos el negocio. Y cuando termine el año, los que queramos irnos nos iremos. Entonces lo tendrás todo para ti.

Me mira fijamente. En la sala se palpa una tensión incómoda mientras esperamos su respuesta. Ahora todo depende de Julian. De la persona que menos necesita esto porque tiene la vida resuelta gracias a su rica herencia.

Ahora estamos a merced de Julian.

Frunce el ceño y lo considera, con expresión intrigante.

—Está bien —acepta por fin—. Lo haré. —Rápidamente, desvía su atención de mi rostro, y sé que debería reaccionar, pero estoy demasiado desconcertado. No esperaba que fuera a subirse al carro.

—Espera, ¿de verdad vamos a hacerlo? —pregunta Phoenix.

—Supongo que sí —respondo.

Me vuelvo hacia mi hermana, que sigue sin mirarme, pero le sonrío amablemente a Amelia, que intenta contener su emoción.

—Voy a pedir una ronda de chupitos —anuncia Weston, y se pone tras la barra como si fuera el dueño del local. Y teniendo en cuenta que la mayoría de nosotros crecimos aquí y conocemos al dueño desde que éramos niños, es como si lo fuera.

Mientras tanto, el resto seguimos de pie alrededor de la mesa. El espacio se llena de murmullos y conversaciones en voz baja, y yo me aílo para asimilarlo todo. Siento una punzada de culpabilidad porque no he hecho esto por el club ni por los demás; me da igual si el club prospera o fracasa, y la verdad es que no creo en el mensaje de Ronan sobre encontrar un valor oculto en el trabajo en equipo. Estas personas no son mi familia. Mi familia se desmoronó el día en que murió mi esposa.

Ahora mismo solo hay un miembro de mi familia que me preocupa en esta sala, y lo hago por ella. Dirigir este club con Elizabeth significa poder verla y hablar con ella y, con suerte, reparar nuestra relación rota. Una vez que lo consiga, me llevaré a mi hija de regreso a California, a nuestro hogar, y el resto pueden hacer lo que quieran con el lugar.

Un año. Puedo aguantar un año.

Weston regresa un momento después con una bandeja llena de chupitos. Conociendo a Weston, son chupitos baratos de los que le gustan a todo el mundo, como si fuéramos una pandilla de chicos recién salidos de la universidad y no una reunión de empresarios maduros. A juzgar por su aspecto blanco y sus bordes recubiertos de azúcar, supongo que son Lemon Drops, y acierto.

—Por el nuevo club —brinda Phoenix, alzando uno.

—¡Esperad! —exclama Amelia, y todos bajamos nuestros chupitos—. Mi padre ha dicho que podíamos cambiarle el nombre. ¿Cuál debería ser?

La respuesta acude de inmediato a mi mente.

—Bueno, ha dicho que nuestros padres construyeron un legado. Así que yo propongo que hagamos lo mismo.

—Legado —responde Phoenix con una sonrisa orgullosa.

—Me gusta —dice Amelia alegremente.

—Por el Legado —brinda Weston.

—Por el Legado —repetimos el resto, y nos bebemos los chupitos de un trago; hasta mi hermana, que ha sustituido su ceño fruncido por una expresión que se asemeja vagamente a la calidez y la esperanza.

Todo este proyecto seguramente va a ser un desastre. Hemos trabajado con Ronan y Matis durante años, pero ¿de verdad hemos aprendido lo suficiente como para hacerlo por nuestra cuenta? No tenemos lo que se necesita para recrear lo que Emerson Grant hizo hace casi treinta años. Quizás si pusiéramos el corazón en ello, podríamos conseguirlo, pero, como ha dicho Ronan, hemos perdido el rumbo. Todos luchamos por algo más que este club. Nuestras motivaciones van mucho más allá de esta aventura empresarial. Pero, con un poco de suerte, mi plan podría funcionar.

Y así, sin más, nace el Legado.

REGLA N° 1

Casi siempre encontrarás algo emocionante en un libro

DIEZ MESES DESPUÉS

CAMILLE

—*Bonjour*, Marguerite —digo al abrir la puerta de la librería. Después de dejar mi bolso debajo del mostrador, estiro los brazos por encima de la cabeza y me dirijo hacia los pasillos.

Las temperaturas de verano ya han bajado un poco, por lo que, al estar las persianas cerradas, hace fresco. Las abro y dejo que el calor del sol matutino entre por las ventanas polvorientas. Me pongo los auriculares, abro la aplicación de música de mi teléfono, me detengo en una lista de reproducción de pop de los 80 y le doy al *play*. Los acordes de guitarra de Pat Benatar suenan en mis oídos mientras cojo el carrito lleno de libros y lo empujo hacia la sección de literatura.

En mi trabajo en la librería de segunda mano no gano mucho, pero es suficiente para cubrir mi mitad del alquiler del piso que comparto con una mujer odiosa y molesta que trabaja en una panadería. Y me gusta estar entre libros. Al menos con ellos puedo escapar de la vida cotidiana por un momento. El mísero sueldo es suficiente para mantenerme hasta que pueda salir de este pueblo e ir a un lugar mejor. Quizás Londres. Quizás París. Quizás Roma. Pero una chica solitaria sin padres, sin dinero, sin educación y sin habilidades de ningún tipo tampoco es que pueda marcharse sin más del pueblo donde creció. Mi obstinada curiosidad y mis pobres aptitudes para el dibujo no me llevarían muy lejos.

Así que, hasta entonces, estoy atrapada en este aburrido trabajo en este aburrido pueblo, viviendo esta aburrida vida.

Tardo unas horas en guardar el carro lleno de nuevas donaciones, pero, sinceramente, voy despacio a propósito. Si me doy prisa, no tendré nada que hacer, y ahora que se ha acabado el verano casi nadie viene, así que, si termino demasiado pronto, me aburriré mucho.

Marguerite está ahora en la caja registradora, atendiendo a los clientes, mientras yo les echo una ojeada a los libros de la sección de romance porque tienen las mejores portadas y títulos. Después de mirar a mi alrededor para asegurarme de que nadie me ve, saco un libro de la estantería. El lomo es rosa, los rótulos son de letra gordita y en la portada hay un par de labios haciendo un globo con un chicle.

Blondie grita «*Call Me*» en mis oídos mientras saco un bolígrafo del bolsillo trasero. Después de echar otro vistazo rápido a mi alrededor, abro la portada del libro y dibujo en el interior un pequeño gato negro con un pelaje puntiagudo haciendo un globo también. Me río entre dientes mientras termino el garabato; cierro el libro y vuelvo a colocarlo en su sitio.

Siempre he hecho esos dibujos. Mi padre solía decir que eran como mi firma. Los encontraba por toda la casa cuando era pequeña y me gritaba desde la cocina cuando me olvidaba de las reglas: nada de muebles, nada de paredes, nada de suelos.

—*Tu as encore fait des bêtises, Camille!* —solía gritarme. «*Has vuelto a hacer travesuras, Camille*».

Pero seguía encontrando pequeños gatos negros, serpientes o tortugas apareciendo en un plato o en las hojas de una planta. En realidad, no estaba enfadado. Nunca se enfadaba de verdad.

Sonríó al recordarlo y echo a andar por el pasillo.

Me guardo el bolígrafo en el bolsillo y paso los dedos por la estantería. No sé qué es lo que me llama la atención del siguiente libro. Es uno viejo que no se ha tocado en años; me sé de memoria todos los libros intactos de estas estanterías, pero hoy ese tiene algo que me llama la atención.

El lomo es de cuero sintético azul oscuro y en él puede leerse «*Le Passeport*», que es un título aburrido y extraño para una novela romántica. Pero entonces se me ocurre la idea de dibujar un gorila con una maleta y un sombrero de pescador en el interior, así que saco el libro del estante superior.

Al abrir la portada para buscar la página del título, algo se cae de entre las páginas y aterriza en el suelo. Vuelvo a meterme el bolígrafo en el bolsillo y me agacho para recoger el sobre beis. Lo miro con curiosidad y le doy la vuelta para ver una letra atropellada y garabateada en la parte delantera.

Está dirigido a una mujer: Emmaline Rochefort.

La parte superior del sobre está rasgada, así que, mientras la canción que suena en mis oídos cambia a otra más lenta y más romántica, vuelvo a colocar el libro en un estante cualquiera y miro dentro del sobre; ahí hay un trozo de papel doblado y una pequeña foto cuadrada.

Me parece una invasión de la intimidad de alguien, pero no puedo evitar sacar los dos objetos. Le doy la vuelta a la foto y miro a la pareja que sonríe a la cámara. El hombre es joven y guapo, y tiene el brazo alrededor de los hombros de una hermosa mujer morena. Los dos sonríen de oreja a oreja, mostrando unos dientes blancos y brillantes.

Parecen tan felices que casi me cuesta mirarlos. Son dos personas muy reales en lo que parece ser un momento de felicidad juntos. Una pequeña fotografía ha capturado eso, así que ahora es como si me invitaran a formar parte de ese momento también.

Aparto la vista de la foto, miro la carta. Es un papel, beis como el sobre, doblado y pintarrajeado por todas partes, por delante y por detrás.

En la parte superior dice: «*Querida Emmaline*».

La carta está escrita en un inglés bastante caótico.

«*No puedo dejar de pensar en ti*», comienza. Pero dejo de leer ahí. Seguir sería una intromisión.

Al darle la vuelta, encuentro la dulce frase final antes de la firma: «*Con amor. Jack*».

—Camille —me llama Marguerite desde la parte delantera de la tienda.

Rápidamente guardo la carta, el sobre y la foto en el bolsillo de mi chaqueta antes de responder.

—*J'arrive!*—Correteo hacia la parte delantera de la tienda y Marguerite me tiende una lista de tediosas tareas.

Durante el resto del turno, pienso en la carta y en la pareja. ¿Cómo acabó el sobre en un libro de nuestra pequeña librería de segunda mano? ¿Quién sigue escribiendo cartas de amor hoy en día?

La tentación de leerla es casi irresistible. Y cada vez que tengo un momento libre, la saco del bolsillo y leo otra línea.

«*Te echo mucho de menos*».

«*Nunca pensé que me enamoraría de ti*».

«*Por favor, vuelve*».

En mi descanso para almorzar, voy a la panadería a comprar una quiche. Mi grosera compañera de piso, Ingrid, trabaja ahí, y apenas me saluda cuando me da mi almuerzo.

No le respondo: lo cojo y salgo por la puerta. En la mesa de fuera, saco la carta. En lugar de leer el mensaje, miro la dirección que figura en el sobre.

La mujer, Emmaline Rochefort, debe de haber vivido aquí, en Giverny.

El hombre, Jack St. Claire, tiene una dirección en París.

¿Cómo es posible que un hombre angloparlante en París acabara escribiendo una carta de amor a una mujer francesa en un pequeño pueblo? Las respuestas podrían estar en la propia carta, pero, por alguna razón, no me parece que deba leerla. Es demasiado personal e íntima. Lo que quiera que haya escrito en ese papel estaba destinado solo a sus ojos, aunque de alguna manera haya acabado en la librería donde trabajo.

Quizás nunca llegó a manos de Emmaline. Quizás alguien más la encontró y la abrió, la utilizó como marcapáginas y la descartó entre las páginas cuando perdió el interés en leerla.

Quizás Emmaline sí la leyó y lo ha estado buscando todo este tiempo. Si ese libro ha estado en nuestra estantería durante años, ¿qué fue de la pareja de la foto?

Como no me atrevo a leer la carta en su totalidad, decido coger el teléfono y buscar sus nombres.

David Bowie me susurra *Starman* al oído mientras escribo «*Emmaline Rochefort*» en la barra de búsqueda de Google.

Por supuesto, ella no es la única Emmaline Rochefort. Así que me desplazo por la página de resultados y encuentro mujeres mayores y adolescentes en distintos lugares del mundo. Pero, finalmente, aparece una página de redes sociales, así que hago clic en ella.

La imagen que aparece en la parte superior de su página es de ella y de una niña pequeña. Inmediatamente, me doy cuenta de que la mujer que aparece en la pantalla, con sus dientes blancos como perlas y su cálida y agradable sonrisa, es la misma mujer de la foto. Es inquietante encontrar a un desconocido en internet a partir de una pequeña foto y un nombre, como si fuera una película.

A partir de ahí, me desplazo hacia abajo y se me encoge el corazón.

«Te echo de menos, Emma».

«Siempre estarás en nuestros pensamientos».

«Te fuiste demasiado pronto. Rezaremos por tu familia».

Comentario tras comentario tras comentario de gente en internet que envió esos mensajes a una cuenta como si pudieran hablar con esta persona más allá de la tumba. Me invade una gran tristeza, aunque no es por esta mujer a la que ni siquiera conozco, sino porque ver esto me trae inmediatamente recuerdos de la página de redes sociales del restaurante de mi padre. Un día estaba llena de fotos de su famoso pescado a la plancha y al día siguiente se inundó de mensajes como estos.

«Se fue demasiado pronto».

«Rezaremos por tu familia».

«Te echaremos de menos, Laurent».

Eran mensajes que él nunca iba a leer, pero las palabras mostraban un dolor que necesitaba ser expresado.

Miro la foto de la feliz pareja que he dejado sobre la mesa. La mujer de esa foto está muerta, y, a juzgar por los comentarios en su página, ocurrió hace solo dos años.

Durante el resto del descanso para comer, y algo más, me sumerjo en la vida de esa mujer. Consigo desplazarme lo suficiente como para ver más allá de los comentarios en su memoria y descubrir detalles de su vida real. Fotos de ella con su hija, una adorable niña pequeña con brillantes ojos azules y cabello castaño, recogido en coletas a los dos lados de la cabeza.

Y entonces encuentro lo que estoy buscando en realidad. Es una foto de la hermosa mujer, la adorable niña y un hombre apuesto juntos en las escaleras del Sacré-Cœur. Visten chaquetas y gorros de lana y, al igual que en la pequeña foto que tengo delante, parecen felices. Parecen enamorados.

Incluso sin leer la carta, siento cierta tranquilidad al saber que esta feliz pareja permaneció unida. Aunque ella falleciera. Aunque el final no fuera precisamente feliz. Aunque sigo sin tener ni idea de lo que dice toda la carta, me alegra saber que se casaron y tuvieron una hija.

Después de comer, intento dejar a un lado mi pequeña obsesión, pero la sigo llevando conmigo durante el resto del día. Cuando mi turno termina a las cuatro, salgo del trabajo y me paso por el mercado para comprar algo de comida y una botella de vino. Mi compañera de piso no cocina ni me molesta mucho cuando estoy en la cocina o en el comedor. Sin embargo, acapara la televisión del salón y pone sus nauseabundos *reality shows* a un volumen demasiado alto.

Así que elijo otra lista de reproducción y me pongo los auriculares mientras cocino, esta vez escuchando *grunge* de los 90. Nirvana entona *Heart-Shaped Box* mientras garabateo en la etiqueta del vino y espero a que se cueza la pasta.

Mientras tanto, pienso en la pareja. ¿Cómo encuentra la gente un amor así? ¿Qué tuvo que hacer esa mujer para que un hombre guapo, aparentemente exitoso y, por lo que puedo ver, normal, le prestara tanta atención? Los únicos hombres que se fijan en mí son viejos repulsivos o jóvenes machistas que solo ven tetas y culos y no se dan cuenta de que tengo cara y personalidad.

Mi vida sentimental ha sido pésima, hasta el punto de que ahora rechazo todas las insinuaciones, incluso si la otra persona parece medianamente decente. En ninguna de las citas a las que voy encuentro una conexión, y no pienso llevar una vida conformista con otra persona solo por tener pareja. Quiero fuegos artificiales y magia. Quiero mirar a los ojos a alguien y sentir que me ve tal y como soy. Quiero encontrar a mi alma gemela.

Me alegro de que la mujer guapa de la foto encontrara el amor. Me alegro por ella.

Cuando acabo de preparar la cena llevo la bandeja a la mesa del comedor y sigo mirando fotos de la mujer en las redes sociales. Lo

hago por aburrimiento y por curiosidad; no es por obsesión ni por acoso. No soy una acosadora. Estoy tan absorta que ni siquiera oigo cuando Ingrid entra desde el salón.

—¿Qué es eso? —pregunta Ingrid, señalando con la cabeza la carta que hay debajo de mi teléfono.

—Nada —respondo, acercándola más a mí.

Ella se acerca un paso y trata de cogerla. Presa del pánico, dejo el teléfono y el tenedor para rescatar la carta y la fotografía, derramando mi vino en el proceso.

Ingrid pone los ojos en blanco y se ríe para sus adentros mientras compruebo que la carta está intacta. Es en ese momento cuando me doy cuenta de que quizá estoy un poco obsesionada con esto que he encontrado hoy en un libro.

Pero me siento como si conociera a Emmaline y a Jack.

Por no mencionar que estoy en posesión de algo que una vez le perteneció. Algo especial. ¿Y si él ha estado buscando esta carta? Es una tontería por mi parte pensar así, pensar que unos desconocidos en una fotografía significan algo para mí.

¿Y si pudiera devolverle esta carta? Puede parecer insignificante para la mayoría, pero está claro que él la amaba lo suficiente como para escribirla. Debe de estar enfermo de dolor, y esta carta podría ser un pequeño recuerdo.

Es una idea descabellada, pero mi vida es tan aburrida y mundana que las ideas descabelladas me parecen un salvavidas. Las ideas descabelladas me dan esperanza. ¿Por qué no? ¿Por qué no puedo coger el tren a París y darle a este hombre la carta que he encontrado?

¿Por qué no?

Si fuera mía, querría que alguien hiciera lo mismo por mí.

REGLA N° 2

Sal de la ciudad de vez en cuando

CAMILLE

—El tren a París sale dentro de quince minutos.

Estoy en el andén de la estación de tren, emocionada. Me he aferrado a esta loca idea como si fuera un globo aerostático que despegar. Si la suelto, me alejaré flotando en el espacio, así que me agarro con fuerza y trato de no mirar hacia abajo.

La carta está guardada a buen recaudo en mi bolsillo. Cada pocos minutos, meto la mano para asegurarme de que sigue ahí y a veces la acaricio suavemente con el pulgar o toco una esquina como si me ayudara a calmarme.

Cuando se abren las puertas del tren, subo a bordo y busco un asiento tranquilo en la parte de atrás. Esta mañana he llamado al trabajo, a la librería, y le he dicho a Marguerite que tenía una intoxicación alimentaria grave. El viaje en tren a París dura una hora, y mi plan es llegar a la ciudad, ir directamente a la dirección del apartamento que figura en el sobre y devolver la carta. Quizá me dará tiempo a pasear un par de horas por la ciudad antes de subir al tren esta noche para regresar a casa.

Sin embargo, después de pensarlo mucho, hay algo en este plan que no me convence. Es como si no pudiera comprometerme del todo porque una parte de mí no quiere irse a casa. Es la primera vez en años que salgo de verdad, y seguir la idea original es como saborear una aventura cuando lo que de verdad quiero es vivirla para siempre.

Mi padre solía decir que yo era como un pequeño colibrí, revoloteando constantemente de un lugar a otro, y que algún día iba a volar demasiado lejos si nadie me retenía. Siempre me escapaba, me ausentaba a escondidas de los compromisos, me quedaba fuera hasta

muy tarde y faltaba a clase. Desde luego, no se lo ponía fácil, pero él nunca se enfadaba demasiado conmigo. Sacudía la cabeza con desaprobación, pero no era de los que castigaban.

Ese recuerdo me llena los ojos de lágrimas. Ya no me siento como un pájaro. Desde que murió, es como si estuviera clavada a mi pueblo. Esa parte de mí murió con él. La Camille que él conoció, la que sentía entusiasmo por la vida, pereció en el momento en que él lo hizo. ¿Se sentiría decepcionado si supiera lo mucho que he cambiado? ¿Que he perdido mi brillo? ¿Que las responsabilidades y el peso de la edad adulta sin él me han anclado los pies a la tierra? ¿Se sentiría decepcionado con la mujer en la que me he convertido?

Durante el trayecto en tren cojo el teléfono y busco más información sobre mi misteriosa pareja. He investigado tanto sobre la mujer, Emmaline, que apenas he indagado sobre el hombre. De repente, al darme cuenta de que hoy podría verlo, decido intentar encontrar algo más sobre él.

No está etiquetado en las fotos de ella ni aparece en su lista de amigos, e incluso, cuando busco su nombre, me sale algún resultado, pero ninguno es el hombre de la foto.

Es como si fuera un fantasma.

Durante el resto del trayecto, me entretengo mirando mi aspecto en la cámara del teléfono; intento domar mis rizos rebeldes y me limpio una mancha de tinta de la mejilla. Rebusco en el fondo de mi bolso, encuentro un pintalabios viejo y me lo pongo. No suelo maquillarme, pero hoy quiero estar guapa. En París siempre hay que estar guapa.

Cuando llega el tren, estoy nerviosa y tensa. Desde la estación tengo que coger el metro hasta el distrito 18, donde se encuentra la dirección que figura en la carta.

Al subir las escaleras del metro, me doy cuenta de repente de que de verdad estoy aquí, de verdad estoy haciendo esto.

El edificio de apartamentos está a poca distancia, y, mientras la recorro, disfruto del paseo por una de mis zonas favoritas de la ciudad. Aquí el arte y la cultura cobran vida. Moviéndome entre los turistas y los lugareños, atravieso una estrecha acera, paso por un ajetreado mercado y por un pequeño parque infantil donde los niños ríen y juegan mientras sus padres los vigilan a lo lejos. Las colinas de Montmartre ofrecen una hermosa vista de París.

Entonces, antes de que me dé cuenta, estoy frente a su edificio. Las hojas de un gran cerezo me rodean cuando alzo la vista hasta el bloque de apartamentos. La carta de Emmaline sigue guardada en mi bolsillo. Nerviosa, subo las escaleras y encuentro la puerta principal abierta. En ese momento caigo en que es posible que ya ni siquiera viva aquí. Tal vez se haya mudado, sobre todo si esta carta es de antes de que se casaran y tuvieran a su hija.

Y aunque he venido hasta aquí para entregarle esta carta, siento un leve alivio al pensar que quizá él no esté al otro lado de esa puerta. Al menos así podría quedarme con la carta sin sentirme culpable. Tendría una historia divertida que contar y un día en París que recordar.

Aun así, subo las escaleras hasta el segundo piso y llamo suavemente con los nudillos a la puerta. Me tiemblan las piernas y es como si hubiera olvidado por completo cómo respirar. Al otro lado de la puerta, oigo a una niña pequeña gritar algo que no consigo entender y a una mujer que le responde con tono firme.

Se abre de golpe y, para mi sorpresa, una hermosa mujer con un largo cabello rojo aparece ante mí. Tiene un aspecto profesional, con unos pantalones negros, zapatos planos negros y una blusa blanca ceñida que lleva metida por dentro del pantalón.

—*Bonjour*—dice en un saludo cortés.

Impresionada por su aspecto, dudo antes de meterme la mano en el bolsillo.

—Eeh... yo...

—Debe de estar aquí por el puesto de niñera—interrumpe la mujer en un inglés apresurado—. Por favor, pase.

La mano que tengo en el bolsillo se queda paralizada. ¿El puesto de niñera?

En ese momento, una niña pequeña aparece a la derecha de la mujer pelirroja. Tiene unos penetrantes ojos azules y lleva el pelo castaño, que le llega hasta los hombros, perfectamente arreglado.

—*Bonjour*—me saluda dulcemente.

Le respondo al saludo en voz baja. Entonces la mujer da un paso atrás y me deja sitio para entrar en la casa. Aún paralizada por la incertidumbre, balbuceo de nuevo.

—Yo, eeh...

—Por favor, pase —me insta.

Es su tono autoritario el que me saca de mi estupor. No entiendo por qué, pero doy unos pasos hacia el interior del apartamento de la desconocida.

Piensa, Camille. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué estás aquí?

—Me llamo Phoenix Scott —se presenta la mujer. Ahora capto que su acento es americano—. Soy la socia del señor St. Claire, y me encargo de las entrevistas para el puesto. ¿Cómo se llama? —Parpadeo rápidamente, como si hubiera olvidado mi propio nombre. *Entrevistas. Puesto—. Parlez-vous anglais?* —Me pregunta si hablo en inglés y yo me quedo ahí parada, como un pez boqueando fuera del agua. Nunca en mi vida he estado tan confundida.

—*Oui* —balbuceo—. Quiero decir, sí.

—Bien. —Me dedica una sonrisa incómoda y asiente—. ¿Y cuál es su nombre?

No he venido para eso, sino para devolver una carta. Estoy aquí para conocer al hombre misterioso de la fotografía y darle algo que era de su difunta esposa. No estoy aquí para solicitar un trabajo.

Pero, por alguna razón, me encuentro extendiendo la mano hacia la mujer.

—Camille Aubert —respondo.

—*Enchantée, Camille.* —Parece alegrarse de que por fin haya conseguido recordar mi nombre y me hace un gesto para que la siga al interior del apartamento.

Me quedo aún más boquiabierta cuando echo un vistazo a lo impresionante que es. Los techos se elevan con molduras ornamentadas y los grandes ventanales bañan el espacio con una luz cálida y natural. Al mirar hacia abajo, contemplo con asombro los suelos de madera en espiga y las alfombras de aspecto lujoso. Mis dedos se deslizan por el respaldo de un elegante sofá tapizado en terciopelo.

Es muy diferente del pequeño apartamento de dos habitaciones en el que vivo.

En ese momento, oigo unos fuertes pasos en el piso de arriba y miro hacia la escalera. Veo una figura, un hombre con un traje azul oscuro, pero desde este ángulo, eso es todo lo que puedo distinguir, y él desaparece en un instante.

—¿Era ese *monsieur* St. Claire? —murmuro torpemente.

La mujer mira hacia las escaleras.

—Sí, pero no va a bajar —responde apresuradamente.

—Ah.

—Por favor, siéntese —ordena, guiándome hacia la sala de estar, donde hay dos sillones enormes cerca de una chimenea de mármol. Me siento en uno de ellos, con las sirenas de alarma sonando en mi cabeza.

Me digo que voy a meterme en un lío solo por sentarme, pero sé que soy una intrusa y una entrometida, y que no debería estar aquí. Solo he venido a devolver una carta, y ahora estoy sentada en su casa bajo un falso pretexto.

Durante las veinticuatro últimas horas he estado obsesionada con esta familia. Sé mucho más sobre ellos de lo que ellos saben sobre mí, y hay algo en eso que me parece muy mal.

Debería irme, pero al estar aquí, sentada en esta hermosa sala de este lujoso apartamento, no me atrevo a marcharme. No le estoy haciendo daño a nadie y puedo solicitar el trabajo. Eso no significa que tenga que aceptarlo.

La mujer del nombre interesante regresa y me tiende una carpeta con un montón de papeles.

—Rellene esto, por favor. Y luego comenzaremos con la entrevista.

Me muerdo el labio y cojo la carpeta.

—Sí, señora.

Mientras relleno los papeles, no dejo de mirar hacia las escaleras, preguntándome si volveré a ver al hombre. De vez en cuando, oigo su voz, grave y apagada, y eso me hace preguntarme a qué se dedica. ¿Por qué no es él quien lleva a cabo la entrevista?

Tardo casi treinta minutos en completar el papeleo, lo cual es mucho tiempo para algo que ni siquiera debería estar haciendo. La mujer y la niña se han escabullido a otra estancia de la casa y me han dejado sola. Cada vez que pienso en poner un nombre falso o respuestas incorrectas, decido no hacerlo. En cambio, contesto con convicción, como si este fuera un trabajo que quisiera de verdad.

Se oyen más pasos arriba y la curiosidad se vuelve insoportable. Dejo la carpeta sobre mi asiento, me levanto y miro a mi alrededor con cautela para asegurarme de que estoy sola. Luego, sigilosamente, me acerco de puntillas a las escaleras.

Solo quiero echar un vistazo. Solo quiero verlo, por razones que ni yo misma entiendo.

Si me descubren, puedo alegar que estaba confundida o que me he perdido. Subo los escalones uno a uno y, cuando llego a la mitad, ya estoy lo bastante arriba como para asomarme al despacho que se encuentra a la izquierda.

Y ahí está. Está paseándose de un lado a otro, hablando con un tono frustrado y autoritario. Supongo que está hablando por teléfono, pero no les presto atención a sus palabras: estoy demasiado ocupada contemplando sus anchos hombros y la marcada línea de sus pómulos.

Es aún más guapo en persona que en la foto. Pero hay una sombra oscura en su expresión, tiene unas ojeras profundas y arrugas junto a los ojos. Ha envejecido, y no solo por el paso del tiempo: es el dolor que ha sufrido lo que ha provocado esos cambios en sus rasgos curtidos. Su postura es tensa y erguida, y observo cómo aprieta el puño de la mano derecha y luego lo abre, una y otra vez.

—Soy Beatrice —dice una vocecita detrás de mí, y yo suelto un gritito de sorpresa. Me doy la vuelta y veo a la niña, que está al pie de la escalera, con las manitas juntas delante de ella, muy educada—. Pero todo el mundo me llama Bea.

Abro la boca para responder, pero primero miro hacia el segundo piso y veo a Jack St. Claire mirándome con rabia. Una oleada de calor por la vergüenza me recorre las venas. Un momento después, él cierra de un portazo el despacho y yo me siento fatal por haberlo espiado.

Inspiro hondo, me vuelvo hacia la niña y bajo las escaleras hacia ella.

—*Enchantée*, Bea —respondo con una sonrisa—. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo cinco años. ¿Vas a ser mi nueva niñera? —pregunta. Lleva un vestido de gasa de color lavanda con unas medias blancas inmaculadas y unos zapatos Mary Jane negros y relucientes. Está peinada con raya a un lado, meticulosamente, y lleva un lazo morado a juego con el vestido, justo encima de la oreja.

—No lo sé —respondo, acuclillándome frente a ella—. ¿Puedo contarte un secreto? —Ella asiente con entusiasmo—. Nunca he sido niñera —susurro—. Ni siquiera sabía que hoy iba a solicitar este trabajo.

No sé muy bien por qué se lo cuento a una niña, pero Bea me sonríe ampliamente cuando oye mi confesión.

—No pasa nada —responde—. ¿Te gustan los unicornios?

Eso me hace reír.

—Me encantan los unicornios.

—¿Y las hadas?

—Por supuesto.

—¿Quieres ver mi habitación? Está pintada con hadas y unicornios.

—Me parece que debería esperar aquí y... —empiezo a decir, pero la niña me coge de la mano y me lleva con ella. Sus zapatos golpean ruidosamente el suelo mientras me conduce por un pasillo hasta una de las habitaciones del apartamento que, sin duda, está pintada con hadas y unicornios. Toda la pared del fondo parece una escena sacada de un cuento de hadas, con frondosos árboles verdes, setas y un castillo al fondo.

—Esto es increíble —susurro; ella salta sobre la cama y mueve los pies en el aire.

—Mi papá trabaja mucho —explica—. Phoenix dice que necesito a alguien con quien jugar cuando no estoy en el colegio porque papá está demasiado ocupado para jugar conmigo.

Hay tristeza en su voz cuando dice esto, lo que me llega al corazón. De repente recuerdo que esta pobre niña perdió a su madre cuando solo tenía tres años. Probablemente ni siquiera la recuerde.

Es algo con lo que me identifico. Mi madre no murió, solo decidió que no era apta para la maternidad y rara vez venía a verme mientras crecía. Pero al menos tenía a mi padre, que siempre estaba ahí, entusiasmado con criarme, dispuesto a ser el padre que necesitaba.

Pero la pobre Bea tiene un padre que está demasiado ocupado para pasar tiempo con ella, por lo que tienen que contratar a alguien para que vaya a su casa y le preste la atención que se merece.

Y ella está tan desesperada por esa atención que se aferra a una desconocida. Recuerdo haber hecho lo mismo.

Me quedo en la puerta de su habitación, sin atreverme a entrar.

—No voy a ser tu niñera —le digo en voz baja, cruzándome de brazos.

—¿Por qué no? —pregunta—. ¿Por qué no quieres ser mi niñera?

—Bueno, no es que no quiera. Es que... —Mi voz se apaga porque soy incapaz de encontrar una razón lo bastante buena para ella—. Tu papá te va a buscar una niñera muy buena. Estoy segura de que se han presentado muchas al puesto.

—Te pagará mucho dinero —replica, y eso me hace reír—. Y puedes quedarte en la habitación de invitados. Y podemos hacer galletas, preparar fiestas de pijamas y jugar a lo que sea.

—Suenan muy divertido —respondo, y no es mentira.

En ese momento, oigo pasos detrás de mí y me doy la vuelta para ver cómo la mujer pelirroja se acerca hacia nosotras.

—Lo siento —se disculpa—. Estaba hablando por teléfono. Podemos hacer la entrevista cuando quiera.

Le hago un gesto de despedida a Bea con la mano y sigo a la mujer de nuevo hacia la sala de estar. Phoenix se sienta frente a mí y echa un vistazo al formulario que acabo de rellenar, evaluando mis respuestas con una expresión severa y hermética.

—¿Tiene experiencia con niños? —pregunta.

—Soy la encargada de la sección infantil de nuestra librería, pero, aparte de eso, no.

Me mira con escepticismo.

—¿Algún título o formación?

Niego con la cabeza.

—No.

—¿Por qué cree que está cualificada para este trabajo? —pregunta con franqueza.

En medio de todo este lío, me he dado cuenta de que sí quiero el trabajo. ¿Cómo no iba a quererlo? Quiero trabajar en esta casa y vivir en esta ciudad. Quiero sacar mis pies del cemento en el que han estado atrapados desde que murió mi padre y vivir la vida. Todo esto podría ser un malentendido, o podría ser el destino llamando a mi puerta.

Aprieto las manos sobre mi regazo y vuelvo a mirar hacia las escaleras. Entonces veo a Bea, que está espiando desde el pasillo. Y la respuesta sale directamente de mi corazón.

—Crecí sin una madre —explico—. Así que puedo entender cómo es la vida de Beatrice. Sé lo que se siente cuando te falta una

parte de ti, aunque yo tuve la suerte de disfrutar de un padre que me infundió confianza. Puede que no esté... titulada ni formada, pero soy digna de confianza, curiosa y divertida. Y la querría como si fuera mía.

Bea me sonrío desde el pasillo.

En ese momento, algo vuelve a captar mi atención en la escalera y, al levantar la vista, encuentro a un hombre allí, mirándome desde el rellano del segundo piso. Tiene unos intensos ojos oscuros y una postura estoica. La forma en que me mira me produce escalofríos.

Sin decir una palabra, se aleja de nuevo como si lo hubieran pillado espiando. Me deja con una sensación fría y extraña después de mirarme tan intensamente.

Phoenix ni siquiera repara en su presencia. Anota algo en el papel antes de sonreírme.

—Eso es muy bonito. Gracias por todo. —Después de un minuto, añade—: Debe saber que el puesto es con alojamiento. Beatrice necesitará atención las veinticuatro horas del día, con descansos, por supuesto, por las tardes y los domingos. Creo que eso es todo por ahora. ¿Tiene alguna pregunta? —¿Preguntas? No. Todavía estoy aturdida por todo esto. Mi única pregunta es cómo diablos he acabado en esta entrevista de trabajo, pero en lugar de decirlo en voz alta, niego con la cabeza—. Estupendo —dice, levantándose—. Nos pondremos en contacto con usted.

Me levanto de la silla y miro hacia las escaleras una vez más para despedirme de Bea con un gesto, pero él no está ahí.

Le estrecho la mano a la mujer y salgo por la puerta principal. De camino a la estación de metro, no puedo dejar de pensar en los ojos de aquel hombre mientras me miraba fijamente. Y en la tristeza con la que Bea hablaba de él en su habitación. Y en lo extraño que es que haya solicitado un trabajo del que no sabía nada antes de llegar aquí.

Y la carta sigue escondida en mi bolsillo.

Ya no me siento mal por no habérsela dado y tampoco me siento mal por querer ese trabajo. No se trata de que quiera el dinero o una vida en París, sino de que hay algo en esa casa y en esa familia que me hace sentir bien, que me resulta familiar.

Y siento, en cierta medida, que me necesitan.